

# Naamá, la samaritana.



Una mujer sedienta de amor se convierte en apóstol al encontrarse con el agua viva que es Jesús.

Por: P. Martirián Marbán

Soy muy conocida por el largo diálogo que sostuve con Jesús. Pero haré algunas precisiones. Yo vivía con el último de mis maridos. Vivíamos en Sicar, antigua Siquem, famosa por la gran asamblea de las doce tribus de Israel que con Josué prometieron ser fieles a nuestro Dios (Josué, 14,27).

Aquel día me había levantado como siempre muy temprano para moler el trigo, amasar, cocer el pan e hilar bastante para las túnicas de mi marido que trabajaba en el campo. Las mujeres siempre estábamos al servicio de los varones. Cerca del mediodía me di cuenta de que había poca agua en las tinajas y cogí el cántaro para que al volver mi marido del campo le pudiera lavar los pies, el rostro y las manos, además de ofrecerle agua fresca para beber.

Yo tenía mucha experiencia de la vida y por eso me atrevía a ir sola al pozo por agua. Cuántas veces había acompañado a mis padres y hermanos o al marido de turno, cuando íbamos a adorar al Monte Garizim y siempre sentí en mi corazón el deseo de conocer y adorar a Dios.

Cuando me estaba acercando al pozo de nuestro padre Jacob, con el cántaro sobre mi cabeza, divisé a un varón judío sentado junto a él. No me acobardé, a pesar de que hacía ya muchos años que los judíos habían invadido nuestro país y destruido nuestro templo del Monte Garizim. Silenciosamente, deslicé el cántaro al fondo del pozo y cuando ya lo había sacado fuera oí una voz suplicante, muy diferente a las demás que dijo: “*Dame de beber*”. Me volví y frente a él le miré directamente a sus ojos, tan limpios y puros como nunca los había visto. Ello era lo que yo estaba buscando desde hace mucho tiempo. Empecé a temblar, no de miedo sino de emoción y sin agresividad, ni mucho menos autodefensa, pero con valor le respondí con una pregunta que expresaba bien mi extrañeza: “¿Cómo tú siendo judío me pides de beber a mí que soy una mujer samaritana?”

Se habían caído las barreras: un varón se dirige a una mujer, un judío, con humildad y sin prepotencia, se dirige a una samaritana a pesar de que los samaritanos éramos objeto de desprecio para los judíos y más aún las mujeres.

¡Yo estaba tan emocionada! ¡Un judío suplicando un favor a una samaritana!

Y Jesús siguió hablándome de un agua viva que sacia la sed para siempre, y yo preocupada por el trabajo que suponía cada día venir a sacar agua.

Tal vez para que entendiera mejor, Jesús me dijo que fuese a buscar a mi marido, recordándome que he tenido cinco maridos y el que tengo no es mío, pero se refería no solo a mi vida personal, que ahora les explicaré, sino también al culto que dábamos en el Monte Garizim cuyo origen se remontaba a los cinco grupos obligados a vivir en nuestro país por los asirios y que, lógicamente, trajeron sus propios dioses. Por eso, entendiendo yo la alusión de Jesús, le pregunté dónde deberíamos adorar al Señor, si en Jerusalén o en nuestro monte sagrado cuyo templo había sido reducido a ruinas por los propios judíos hacía ya mucho tiempo. A pesar de ser considerados herejes por los judíos, también los samaritanos teníamos la esperanza de un Salvador o Mesías, como lo pueden comprobar en el Libro de los Hechos de los Apóstoles, 8,10.

Cuando Jesús me dijo: “Yo soy”, no lo pensé más y corrí a llamar a mis paisanos que dejaron sus trabajos para ver y escuchar a este judío. Y creyendo en el testimonio de una mujer, vinieron donde Jesús que aceptó la invitación de quedarse dos días con nosotros, y todos quedamos convencidos: “Éste es verdaderamente el Salvador del mundo”.

Y ahora les explicaré lo de los cinco maridos. Ustedes pensarán que yo era una prostituta o jinetera, como ustedes les llaman. Lo que ocurría era que yo tenía tal sed de amor que ningún varón me la colmaba, por ello mi nombre, Naamá, que significa la linda, la amada.

El encuentro con Jesús me colmó de tal manera que algo me tuvieron que notar mis paisanos para que me hicieran caso y vinieran donde estaba Jesús. Seguramente, él supo que yo buscaba un amor auténtico, por eso no me regañó ni me dijo: “no peques más”, como a otras personas.

Años más tarde, el diácono Felipe pasó por Samaria, nos contó todo sobre la muerte y resurrección de Jesús y bautizó a muchos de nosotros. Luego los apóstoles, Pedro y Juan también pasaron por nuestra ciudad, nos reconocimos mutuamente y nos impusieron las manos (Hechos 8,4-17). Yo permanecí en la comunidad cristiana hasta la muerte.

Pueden leer Juan 4, 1-42. El tercer domingo de cuaresma se lee este evangelio que este año corresponde al 23 de Marzo.

## EL ORIGEN DE LOS DICHOS.



### *“Tírar la casa por la ventana”.*

En el siglo XIX, se impuso la costumbre de que aquel que ganase la lotería tiraba los enseres de su casa por la ventana. Literalmente los muebles se iban a la calle.

### *“Como Pedro por su casa”.*

Dícese de la persona que se mueve con desenvoltura en un lugar que no le es propio. En ocasiones tiene un significado peyorativo, porque se trata de un intruso cuya actitud es impertinente, arrogante y excesiva. Algunos autores han tratado de identificar esta frase a Pedro I de Aragón, aludiendo a un antiguo dicho: “Entrarse como Pedro por Huesca”, frase que hace referencia a la poca resistencia que tuvo este rey en la toma de esta ciudad.

### *“Dormirse en los laureles”.*

Antiguamente, a los poetas, emperadores y generales victoriosos, se les coronaba con guirnaldas confeccionadas con hojas de laurel. Pero si después de haber conseguido el triunfo y el reconocimiento general con la corona de laurel, la persona dejaba de trabajar y esforzarse se decía que se dormía en los laureles.

### *“Hay gato encerrado”.*

Se dice cuando queremos afirmar que hay una causa o razón oculta.

Era habitual durante el Siglo de Oro español la utilización de bolsas hechas con piel de gato para guardar el dinero, y se les llegó a llamar popularmente con tal nombre. Siendo “gatos” que encerraban riquezas desconocidas.

### *“A río revuelto, ganancia de pescadores”.*

Frase que alude a los que se aprovechan del descontrol social para enriquecerse a expensas de los demás. Esta frase nace de la experiencia de los pescadores que plantean que en el agua turbia se obtienen más peces que en la clara pues cuando esta se encuentra turbia, los peces no ven los peligros y caen más fácilmente en las redes.